

HISTORIAS TEMÁTICAS

24. Lo que la coca nos dejó.
Producción de historia: Constanza Kahn

25. De roces y reses.
Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

26. Ay, mi llanura.
Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Lo que la coca nos dejó...

Producción de historia: Constanza Kahn

Hoy la tranquilidad de las calles del casco urbano de Leiva nada tiene que ver con la época de la bonanza cocalera. De ese tiempo solo quedan las tristezas de quienes recuerdan la llegada de lujosas camionetas con desconocidos y la circulación de grandes sumas de dinero. La opulencia traía movimiento al pueblo, pero sobre todo originaba peleas y riñas que acabaron con la vida de muchas personas.

Nadie sabe con exactitud cuántos muertos dejó la presencia de cultivos ilícitos en el municipio. Lo que sí recuerda la gente es que familias enteras se destruyeron porque perdieron a sus seres queridos, y hoy están sumidas en la pobreza pues todo lo que recibieron por la coca lo derrocharon en bares y burdeles.

Los campesinos de Leiva reconocen que “realmente fueron muy pocas las personas que aprovecharon para transformar su ranchito en una vivienda digna”. De ese entonces, hoy quedan las discotecas, unos cuantos negocios de variedades y las fumigaciones... “La siembra de coca dejó mal enseñada a la gente; todavía hay unas pocas personas que ven en los cultivos ilícitos la única forma de conseguir dinero, exponiéndose a que aparezca la avioneta y tener que quedarse de brazos cruzados”.

Pedro Ruiz, un hombre de unos 45 años y contextura gruesa, propietario de uno de los laboratorios caseros donde procesan la hoja de coca en las montañas de Leiva, encontró en el negocio de la coca, desde hace más de cinco años, la única forma de sacar adelante a su familia. Él, su compañera y su hijo están dedicados a esta actividad. Cuando hay cosecha de hoja de coca todos trabajan en el improvisado laboratorio, que consta de cocina y una pieza. “Eso es fácil –comentan–: se raspa, se pesa, y cuando hay por ahí cinco arrobas, se pica. Se le echa cemento, amoníaco, se echa en un tambor con gasolina y se bate por ahí unos diez minutos. Luego se le amarra un chiro y un colador pa’ que no se vaya la hoja, y se escurre. Fácil. Se separa la hoja de la gasolina, se echa el sulfúrico, y se hace un guarapo ahí; luego al guarapo se le echa harto sulfúrico y se revuelve con un palito hasta que le sale polvo. Y entonces esa es la mercancía. Fácil. Y hay que sacar poquito, no ve que un amigo la compra a dos millones el kilo”.

En los brazos de Pedro asoman las primeras manchas que deja el constante manejo de estas sustancias. Durante los años que ha trabajado con hoja de coca, solo tres veces ha llegado el Ejército al lugar: “pero nunca nos han encontrado, siempre nos han alcanzado a informar sobre la visita de la ley y hemos tenido tiempo de salir de allí... Desde que estamos por acá, solo una vez nos salieron unos atracadores en la vía a quitarnos la mercancía, pero como íbamos armados los sacamos corriendo”.

No todos se arriesgan tanto como Pedro. Muchos dejaron ya el negocio y buscan otras vías de subsistencia. Don Marceliano Obando, líder de la vereda La Planada

del corregimiento de El Palmar, comenta que hoy ya hay unas familias que buscan salir de los cultivos ilícitos con el café y el cacao, y piden al Gobierno Nacional que cambie “los pañitos de agua tibia” por soluciones de fondo, como vías adecuadas por donde sacar sus productos agrícolas, infraestructura en salud, educación, saneamiento básico, servicio de energía y créditos accesibles al campesinado.

Actualmente, a raíz de las continuas fumigaciones y de las políticas de Estado, el corregimiento de El Palmar es un pueblo fantasma donde solo queda pobreza, miseria y el recuerdo de la violencia que vivió la localidad.

“Con el reinicio de las fumigaciones a finales de enero, en las localidades de El Placer, Sindaguas, Armepalo y Hueco Lindo, no solo se acabó con los pocos cultivos de coca que hay en el sector, sino también con cultivos de plátano, café, maíz y frijol. Y lo peor, es que después de una fumigación de estas el terreno se tarda en recuperar y no se puede sembrar nada inmediatamente, hay que dejar pasar un tiempo prudencial”, dice Arbey Pérez, un líder comunitario de la vereda El Placer.

En El Rosal, otro corregimiento del sur del Cauca, un campesino dedicado al cultivo de hoja de coca recuerda el momento en que el Ejército retomó el control militar de la zona: “no sé qué era peor: si tener a las Farc encima extorsionándonos o ver a los soldados arrancándonos hasta los tomates de la huerta. Los guerrilleros nos tenían como esclavos, pero el Ejército llegó tratándonos como basura”.

Cuando en ese corregimiento empezaron las fumigaciones, en una de las operaciones el glifosato cayó en el acueducto. “Afortunadamente se dieron cuenta, o sí no nos hubiéramos envenenado todos. Duramos hartos días sin poder consumir el agua”, recuerda uno de sus habitantes. En casos como estos, los campesinos afectados pueden quejarse ante el gobierno, pero el trámite requiere un largo desplazamiento y unos recursos con los que ellos no cuentan, por lo que deben optar por quedarse a intentar recuperar lo que se pueda.

Actualmente, la gente que se dedicaba a la siembra de coca no tiene nada que hacer y mucho menos con qué comer, tal como ocurre en todas las poblaciones en las que ha habido cultivos ilícitos, y en las que la intervención del Estado se ha limitado a la erradicación de las plantaciones de coca y amapola.

De roces y reses

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

Lo más grave en la guerra siempre es pagar con la vida, pero muchos que quedamos vivos también hemos pagado con nuestro patrimonio. Hace tiempo me endeudé

tranquila, porque respaldé el crédito con 17 becerritos que le llevé a un muchacho para que me les diera el pasto. Un día llegó el chino a la casa.

–Qué milagro que de verlo –le dije

–Ahí por venir a visitarla

–¿Pero y me trajo pan? Porque una visita sin pan no vale...

El muchacho me dijo que lo que venía a traerme era una mala noticia: “se llevaron el ganado, doña Mati”, me dijo, y que además me mandaban a decir que esperaban a mi hijo en tal parte. Pensé que esa era la voluntad del Señor. Y si me quitaron el ganado no importaba, pero mi hijo no iba a ir a ninguna parte: sé que a mis becerros los recupero, pero la vida de mi hijo no me la devuelve nadie. Que se hicieran con la plata, con mucho sacrificio levanté el ganadito, pero con algo podría pagar el crédito.

Pero nada como a mi papá que estaba postrado en una cama y en una sola noche se le llevaron 86 reses. Esas recogidas de ganado eran bravas.

A un vecino que alquilaba potreros le pasó que cuando pasaba unas vacas de una finquita a la otra, alguien en el camino le dijo que uno de esos animales era de los que arriaba la guerrilla, y que mejor era que se lo entregara. Claro, el hombrecito no se la dio, porque iba a quedar como el que andaba regalando las bestias. Tampoco iba a dársela al ejército, porque ellos seguro se la robaban. Eso luego se apareció un muchacho que quería comprarle la vaca, y él le contó la historia. Como mi vecino andaba encartado con la tal res, porque el dueño no volvió a aparecerse, tan pronto el otro le ofreció 800 mil pesos le dijo que listo, que se la llevara.

Al tercer día de eso llegó un muchacho a la casa: “don Julián –le dijo–, a una vaca que usted vendió la mataron ayer en el pueblo, y esa vaca era mía, ¿por qué la vendió?”. Al hombre le tocó decir la verdad: “hombre, vendí esa vaca en 800 mil pesos”, y sacó la plata de su bolsillo para pagársela. El que se la compró le había dado cien mil pesos por el pasto, y nunca más volvió a aparecerse. Don Julián resultó pagando 700 mil pesos por una res que nunca supo de dónde vino, pero se salvó el pellejo.

Ay, mi llanura

Producción de historia: Carmen Lucía Castaño

En la carretera que unía a los pueblos había unos billares. Los de arriba juraban que los de abajo eran *paras*, y los de abajo que los de arriba eran guerrilleros. Todavía hay gente que no sube o no baja, porque ahora están los militares y aún cargan su estigma... Pero en esa época no había ni Ejército, ni Policía, ni nada. Eso en la vía

cogían a la gente y la mataban, y botaban los cuerpos en otro lado para que después nadie supiera si lo mataron porque era de arriba o de abajo. Una noche botaron ahí en un caserío de mi vereda a unos señores, y una vecina que tenía los cerdos sueltos se dio cuenta por la mañana porque los marranos *deschirajaban* algo ahí en el carrascal. Uno siempre encontraba a esos muertitos amarrados, en la alcantarilla, al lado de la carretera. El terror era horrible. Siempre que me levantaba me daba miedo asomarme al frente porque alguien podía estar ahí botado. De la vereda no mataron a nadie, pero siempre hemos cargado con las muertes de otros lados.

Aquí es bien tranquilo en elecciones. Uno va siempre fresco en los buses y hace política sin problema. Lo único que pasó fue que una vez, el año pasado, cogieron a un candidato de un pueblo más arriba, en el carro. Iba con los amigos. Ese día que venían para acá sí les dieron: los mataron a todos y después quemaron el carro. Iban de mañanita a hacer campaña. No me acuerdo cómo se llamaba, pero era bien conocido. Y a otro le dieron plomo otra vez que iba por carretera, pero no iba en ese carro, entonces se salvó. Al hombre lo eligieron después, pero ahora está en la cárcel, dicen que por eso de los paras, pero a uno no le consta. Eso ha sido lo único, de resto aquí todo el mundo vota por quien quiere, sin miedo.

En esa época Los Masetos venían y se llevaban a los estudiantes de la escuela y a los más jóvenes. La gente vivía con miedo, y hasta los sacaban para que fueran a estudiar a otra parte y que no se los llevaran. Una noche vimos una camioneta verde, de vidrios oscuros, y pensé que venían por mi hijo mayor, que acababa de prestar el servicio militar. Salí corriendo y le dije: "mijo, escóndase que llegaron Los Masetos". Él salió corriendo y se encaramó en la parte más alta del palo de mango ese grandote que está aquí detrás de la casa. Cuatro *manes* se bajaron de la camioneta y se metieron a la ranchita de aquí arriba, en donde vivía una cuñada. Mi sobrino, que había venido a visitarla, estaba viendo televisión con ella. Los tipos cogieron al chino, y como él gritaba y les decía que él no tenía nada que ver con nadie, lo cogieron a pata, y a la mamá también. Yo apagué las luces de la casa y me quedé con mis niños más pequeños, que estaban haciendo tareas. Al chino se lo llevaron y esta es la hora en que no se sabe nada de él. Ahorita con las desmovilizaciones la mamá estaba pendiente de que saliera, pero nada. Eso debió ser que lo mataron porque nadie da razón de él.

El viejito que vivía al lado de mi casa era tenaz conmigo. Me hizo la guerra siempre. Eso don Alcides me peleaba y decía cosas de mí en todas las reuniones, y me corría a machete. Andaba siempre solito, en un ranchito chiquito en medio de su finca. Una mañana, tan pronto amaneció, lo llamaron desde la cerca. Él salió. Dejó el pocillo

con el tinto en la mesa y las chancletas. Había dos mallas en la finca. Alcanzó a pasar la primera cuando se dio cuenta de que estaban armados. Cuando se devolvió, le dispararon. Pues, eso es imaginación mía, porque yo fui una de las que lo vieron en la morgue y, claro, como a uno más o menos le han enseñado que si le dan por detrás la bala explota por el lado de adelante, lo que me imaginé es que le dispararon por la espalda.

Al viejito lo enterré yo, porque no tenía familia.

Si uno no iba a una reunión de las que ellos citaban, a la casa llegaba un tipo con un mensaje de "El Propio". De una moto se bajaba un *man* para decirle a uno que lo estaban esperando. Y claro, uno tenía que ir. Al salir, mi esposo me decía que le daba miedo, que no sabía si iba a volver. La gente decía que a los líderes se los llevaban por *chunchulleros*, pero como yo no tenía nada que esconder, iba tranquila. Eso siempre les decía en las reuniones, que tuvieran quieta la lengua, porque si a mí me pasaba algo no iba a ser por torcida, sino por los chismes que me inventaban. Es que aquí si usted en una reunión no le da la palabra a alguien primero, ya se lo gana de enemigo. Y a más de uno han matado por el decir de un envidioso.

Era difícil ser inspectora de policía en el pueblo. Había cosas que a uno le tocaba hacer aunque supiera que estaban mal, porque ellos lo mandaban. Por ejemplo en los levantamientos de cadáveres... Lo que me habían enseñado no servía, y me tocaba cumplir las órdenes que me daban ahí. Las actas que levanté, tuve que escribirlas como me dictaban. Así, sin las evidencias, sin nada. "Ponga esto". "Diga que murió aquí, así". La voluntad de uno, el conocimiento de uno, no importaban. Aquí hay muchos lugares en los que el que manda es otro.